

## ASPECTOS ÉTICOS DE LA CRISIS VENEZOLANA<sup>1</sup>

Pedro Alzuru

Deux remarques:

1 Le cours catastrophique du devenir planétaire est animé par des acteurs à la fois responsables et irresponsables. Marx dans sa critique du capitalisme ne dénonçait pas les capitalistes coupables car il voit bien qu'il s'agissait d'un cours historique.

2 Le capitalisme n'est pas le seul ennemi de l'humanité, il y a eu les totalitarismes, il y a actuellement les fanatismes ideologico-religieux des deux empires du Bien ennemis. Ne voir que l'œuvre du capitalisme dans le cours actuel est une vision monoculaire c'est à dire borgne.

Edgar Morin

Morin culmina con el tomo 6 de *El método*, dedicado a la *Ética* (2006), un ciclópeo proyecto iniciado en 1977 con 1. *La naturaleza de la naturaleza*, seguido por 2. *La vida de la vida* (1980), 3. *El conocimiento del conocimiento* (1986), 4. *Las ideas* (1991) y 5. *La humanidad de la humanidad* (2001).

En éste, como en los tomos anteriores, desarrolla los principios de lo que él mismo y los numerosos seguidores de su pensamiento en todo el mundo llaman el conocimiento complejo, cada uno de estos tomos es, claro está, indispensable para comprender la totalidad de la obra. Aquí se propone particularmente repensar las nociones de bien, posible, necesario y de la ética misma, sin que este deslinde suponga desvincular la ética de los otros problemas de la complejidad: el conocimiento, la ciencia, la política, la economía.

Estos problemas comúnmente no se tratan en su amplitud, en su radicalidad y en su complejidad, pero la crisis generalizada en la que nos encontramos nos conminaría a esbozar un pensamiento regenerador, complejo.

El punto de partida del autor es no distinguir entre ética y moral, considera que son términos inseparables que con frecuencia se encabalgan, por esto afirma: "Digamos "ética" para designar un punto de vista supra o meta-individual; "moral" para situarnos en el nivel de la decisión y de la acción de los individuos" (Morin, 2006; 17). Así, concibe la ética compleja como una reflexión sobre los fundamentos y principios de la moral.

---

<sup>1</sup> Ponencia en el Congreso Internacional Filosofía política y Ética, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, La Grita, Venezuela, 25 al 28/05/2009.

Nosotros sin pretender hacer de la complejidad el problema fundamental ni insertarnos en el movimiento creado por Morin con el propósito de “reformular el pensamiento”, nos proponemos simplemente tomar algunos de los problemas que este autor ve como específicos de la crisis de la ética en el Occidente contemporáneo y tenerlos como guía para aproximarnos a la transfiguración que esta crisis adquiere en “nuestro” país (Venezuela).

La ética es una exigencia subjetiva para todo individuo que ha pasado por un proceso de socialización, este imperativo tiene una fuente interior, el sentido del deber sedimentado en la mente, el Súper-Yo, fuente de todas formas inexplicable sin el exterior, ya que todo individuo llega a ser “como los otros”; esa fuente exterior es la cultura, el lenguaje, las creencias, las normas de cada comunidad. Morin agrega una fuente anterior, transmitida genéticamente, algo como el inconsciente colectivo concebido por Jung.

Por esto el individuo humano es tanto biológico como cultural, en él está, se manifiesta, la especie y la sociedad sin por ello dejar de ser singular, el sujeto se afirma como tal en su mundo, no obstante las determinaciones genéticas y culturales.

Esta autoafirmación, como dice Morin, comporta un principio de exclusión y un principio de inclusión. El principio de exclusión nos hace sentir que sólo uno mismo puede estar en el lugar donde se expresa nuestro Yo egocéntrico, es la fuente del egoísmo que puede sacrificarlo todo (pareja, familia, partido, patria, etnia, religión, etc.) por uno mismo. El principio de inclusión es lo que nos permite incluir nuestro Yo en un Nosotros y ese Nosotros (pareja, familia, partido, patria, etnia, religión, etc.) en el centro de nuestro Yo (Ídem;22).

Pero esos principios en cada uno de nosotros no son en sí mismos ni negativos ni positivos: tendemos a pensar en la tradición cristiano-marxista el egoísmo como algo negativo, no obstante el egoísmo nos es constitutivo, nos hacemos sujetos individuales en la convivencia con los otros, en el proceso mismo de convertirnos en uno como los otros, en el proceso mismo de adquirir una moral, un paquete de valores y principios propios de una cultura que nos determinan lo bueno y lo malo. Llegado un determinado momento, variable en cada cultura y en cada persona, nos hacemos capaces de hacer filosofía de la moral, es decir de repensar los fundamentos últimos de esos valores y principios que

llegan a sernos constitutivos, y en tanto sujetos éticos, somos capaces de, ahora concientemente y ya no inconcientemente, compartirlos o no, de corregirlos, de torcerlos, de aceptarlos a medias, de aceptar unos y otros no, eso es lo que nos hace máquinas complejas, la capacidad de “reprogramarnos” de “resetearnos”, de rediseñar el *soft-ware* que nos ha dado la cultura, por así decir.

Este es, a nuestro modo de ver, nuestro máximo bien, lo que nos hace humanos, lo que nos hace sujetos éticos, responsables de nuestros actos, el progresivo y arduo proceso en el cual aprendemos a tener cuidado de nosotros mismos, el llegar a ser capaces de superar, de poner en cuestión los programas que nos dan las pertenencias biológicas y culturales. Esas pertenencias, sin las cuales no llegamos a constituirnos como humanos, dadas ciertas circunstancias, pueden llegar a envilecernos, pueden llevarnos a actuar contra los otros (el “enemigo” personal, laboral, tribal, ideológico, étnico, religioso, etc.).

Y viceversa, el altruismo, ese noble principio que hace que nos fundamos en un nosotros, puede llevarnos, dadas ciertas circunstancias, a perder la condición de sujetos éticos, responsables de nuestros actos, y autojustificarnos en acciones a todas luces criminales; puede hacer que veamos los defectos y faltas de “los otros” y que justifiquemos los defectos y faltas de “nosotros”, puede hacer que un niño le caiga a patadas a otro (en defensa de su equipo), puede hacer que un esposo o una esposa despoje de sus bienes al otro (en defensa de los niños y de la familia), puede hacer que un colega le serruche el piso a otro, que una nación invada a otra, una etnia acabe con otra, una mitad de la nación destruya la otra, etc.

Este doble dispositivo, de exclusión-inclusión rige el “para sí” y el “para nosotros”, el egoísmo y el altruismo, que el Otro nos resulte ajeno o igual. El sujeto lleva en sí tanto la muerte como el amor del otro, cada uno tiene en sí dosis particulares de altruismo y egoísmo, puede polarizarse hacia uno u otro extremo y puede invertir en sí mismo esa polaridad, acciones que se han vislumbrado como las mas extremadamente altruistas se revelan en fin de cuentas como las mas egoístas, acciones aparentemente egoístas han resultado a la larga provechosas para el grupo o comunidad.

Ese equilibrio o esa polarización, esa combinación particular de altruismo y egoísmo que constituimos cada uno de nosotros puede ser un asunto personal, sin embargo, las instituciones deben velar por que estas inclinaciones personales no resulten perjudiciales

ni para el individuo ni para el grupo. El funcionamiento y el destino del mundo no puede estar exclusivamente en manos de una nación, el funcionamiento y el destino de una nación no puede estar en manos de un monarca o presidente, de una empresa en un gerente. Las instituciones a su vez, aunque no estén regidas de una manera personalista, muchas veces no saben como defenderse, como reaccionar, ante el personalismo de sus miembros y, sobre todo, de sus dirigentes, pero ese es un deber fundamental de toda institución. No podemos olvidar, por supuesto, como la avaricia, la ira, la gula, la pereza, la lujuria, la codicia, la vanidad y otros males rigen las almas humanas y terminan pervirtiendo las instituciones.

Esto nos lleva a otro asunto que se debate arduamente en la reflexión ética reciente: aunque se reconoce la desaparición en gran parte del contexto occidental de mitos, ritos y cultos religiosos, por el hecho de que toda exigencia ética es vivida subjetivamente parece tener algo de místico, emanar de una realidad superior a la objetiva, depender de una conminación sagrada (Ídem;23).

Si bien reconocemos este origen de buena parte de los principios éticos, coincidimos con aquellos que se proponen refundar la ética con un carácter eminentemente laico por la sencilla razón que precisamente buena parte de las naciones occidentales no sólo contemplan la libertad de cultos en sus constituciones sino que, y esto es lo determinante, están constituidas en efecto por poblaciones que profesan distintos cultos, o varios, o ninguno. La ética laica parte del principio, suficiente para fundarla, de que los males no ofenden a Dios ni al rey ni al soberano sino a una persona humana concreta que tiene deberes y derechos determinados por la Ley del hombre, deberes y derechos que son recíprocos o no son. Basar una ética para las naciones occidentales en una fe es privilegiar a una parte de su población, basar una hipotética ética común al Occidente en la ética de una de sus religiones, aunque sea la mayoritaria, es estigmatizar a los que tienen otra fe o no tienen ninguna.

Una ética laica pues, en países como el nuestro, donde conviven personas con distintas creencias religiosas, de distintos orígenes étnicos, de diversas perspectivas políticas, etc., no se puede fundar en la fe, a menos que esa fe sea en la ética misma, es decir en la cualidad que tenemos de darnos principios y valores recíprocos que rigen nuestra vida en común.

Las creencias religiosas, como las ideologías políticas, como las militancias sexistas, toda sujeción identitaria, independientemente de lo noble de su origen y de lo justo de sus reivindicaciones, al situarse en el fundamento de la ética y, en consecuencia de los diseños de leyes y políticas, identifican a un enemigo histórico, a veces real, a veces imaginario, y conducen a la ejecución de una venganza sobre el mismo. Una venganza no puede llevar a la paz y a la concordia entre los grupos diversos que conviven en una nación, al contrario, prolonga y profundiza el espiral de la violencia al cual sólo pone fin la Ley. Esa Ley no puede ser ya la ley del talión, no se pone fin al delito con otro delito, no se trata de sustituir unos privilegios por otros, mientras la ley no sea recíproca no hay Ley. La fe, la creencia, en la ética, despojada de toda carga metafísica, va, obviamente, a comportar duda, incertidumbre, estará en una permanente redefinición, pero este es un rasgo de todo conocimiento en la modernidad, de todo conocimiento que no parte del supuesto de tener la verdad sino que trata de aproximarse a ella.

Dice Morin que todo acto moral es un acto individual de religación con el prójimo, con una comunidad, con una sociedad y con la especie humana (Ídem;24), sustantiva así el adjetivo religado y le da un carácter activo. La fuente individual de la ética es incluyente, inscribe al individuo en un Nosotros, lo conduce al altruismo en el marco de la amistad, del amor. Al mismo tiempo, la fuente social de la ética está en las normas y reglas que le inducen o imponen un comportamiento solidario.

Esa necesidad de pertenencia con la cual nacemos y que se desarrolla en el seno familiar y social, particularmente notable en los niños y adolescentes, es parte fundamental en el proceso en el cual nos convertimos en uno como los otros, en parte de una comunidad o sociedad, tiene evidentemente por ello un carácter positivo, sin ese proceso no llegamos a ser sujetos éticos, sujetos individuales. No encontramos, sin embargo, en este texto de Morin, tampoco en el de Maffesoli dedicado al neotribalismo (2004, *El tiempo de las tribus*), una atención particular, a las derivas negativas que puede adquirir ese Nosotros. En todo el texto de Morin se contrasta el altruismo y el individualismo y el altruismo está siempre cargado positivamente, para Maffesoli, al contrario, no es obvio que la sociedad contemporánea esté caracterizada por el individualismo, como dice el lugar común, en oposición a otras épocas de Occidente y a otras sociedades que se definirían por el altruismo, estaría más bien caracterizada por el neotribalismo, la pertenencia a un grupo, por supuesto, pero ya no las grandes pertenencias nacionales, continentales o globales

sino pequeñas pertenencias, pequeños Nosotros signados por las ganas de pasarla bien juntos, sin proyecto, sólo por el afecto y por el compartir algo, un oficio, un *look*, una afición, un gusto, etc.

Aquí mismo, en Venezuela, teníamos hasta hace poco una auto-imagen, errada por lo visto, con la cual nos percibíamos como solidarios, altruistas, amistosos, etc., en oposición a los extranjeros tacaños, individualistas, amargados, etc. Esta auto-imagen positiva ha saltado en pedazos en la última década, fracturada por una lógica partidista sectaria, maniqueísta, que pone todo el bien en el Nosotros, al que supuestamente pertenecemos, y todo el mal en el Otro al que supuestamente no pertenecemos. Es decir, la oposición que anteriormente se hacía con el extranjero ha pasado al interior, esos rasgos negativos se le atribuyen ahora a la otra mitad de la población nacional. Es aquí donde vemos el carácter negativo del Nosotros, cuando la pertenencia identitaria elimina toda capacidad autocrítica y sitúa, de manera maniquea, la causa de nuestros males en los Otros. Y lo peor es que ese Nosotros y ese los Otros es en gran parte irreal, ficticio, inventado, ya que no existen diferencias significativas en la práctica política de la actual mayoría en el poder en comparación con la práctica política de la mayoría que dejó el poder hace algo más de una década, ambos sectores políticos en su práctica gubernamental se han caracterizado por la corrupción, la ineficacia, el despilfarro, el nepotismo, la improvisación, la falta de gerencia, el desprecio del Otro. A esto se agrega en la actualidad, el personalismo y el militarismo así como unas cifras en esa corrupción y en ese despilfarro que dan escalofrío y que probablemente sitúan a la Venezuela contemporánea como uno de los despilfarros más grandes de la historia de la humanidad.

Esta no es una práctica inventada aquí, ahora, tiene una larga tradición, pero ahora, aquí la estamos viviendo intensamente, se ha convertido en una práctica (política, cultural, económica, religiosa, mediática, administrativa, familiar, educativa, gremial, etc.) cotidiana. Podemos compartir que: “El sentimiento de comunidad es y será fuente de responsabilidad y solidaridad, ellas mismas fuentes de la ética” (Morin, Ídem; 25) pero debemos agregar que en la medida en que se convierte en sujeción identitaria tiende a convertirse en todo lo contrario, fuente de irresponsabilidad, egoísmo y pérdida de toda ética, excepto de una ética mafiosa. Esa ética de la comunidad ha sido impuesta por la fuerza física y por el sujetamiento psíquico, por el chantaje, la dependencia económica y la ignorancia; para no hablar del cínico, del adulador, que finge compartir la ética comunitaria cuando lo único que

le preocupa es su interés egoísta. Es más, con frecuencia la virulencia de la ética comunitaria impuesta por cualquier medio, para lo que sirve es para esconder intereses egoístas.

Ante este aparato comunitario, ante la multiplicidad de determinaciones genéticas, sociales e individuales que nos impulsan a las sujeciones identitarias lo único que nos puede salvar es el amor propio, el cuidado de sí; hecho concepto y cultura en la Antigüedad griega y romana, casi desaparecido en Occidente desde entonces (Foucault, 2001). Es este cuidado individual, personal, que rigió la Dietética, la Económica y la Erótica de esas culturas, lo que nos puede permitir una relación con la comunidad y su ética que no nos haga perder la capacidad autocrítica frente al Nosotros, a los Nosotros a los que pertenecemos. Es este hacernos cargo de nosotros mismos, el ser sujetos éticos a cabalidad, lo único que nos puede permitir una distancia con “la voz del rebaño”, una superación del “amor a las cadenas”, una vigilancia de las derivas totalitarias de la comunidad, atizadas por el personalismo, los aparatos ideológicos del Estado y las pertenencias identitarias.

La relación cofundante, causa-efecto, individuo-sociedad se desequilibra en detrimento del individuo cuando este no tiene autonomía moral, cuando su pertenencia identitaria le hace perder la capacidad crítica hacia la misma y hacia sí mismo. A ese desequilibrio estamos permanentemente expuestos, el hecho de que una consciencia moral individual relativamente autónoma se haya manifestado, quizá por primera vez, por el progreso individual que caracterizó a la Atenas del siglo V antes de nuestra era, no ha sido nunca garantía para que no resurjan los fanatismos religiosos y políticos, los etnocentrismos y nacionalismos y repriman el universalismo, el humanismo que, no obstante su fragilidad, ha caracterizado a la civilización occidental.

Muchas veces se ha hablado del milagro ateniense y es una tradición citarlo como origen de Occidente en casi todos los aspectos que caracterizan a esta civilización, queremos subrayar la metáfora de la mente bicameral que toma Morin de Jaynes para desarrollar este origen, en el aspecto ético que aquí nos interesa. En los imperios teocráticos de la Antigüedad una cámara de la mente obedecía ciegamente las órdenes del poder, la otra estaba dedicada a la vida privada; la conciencia individual, intelectual y moral, aparece cuando se produce una brecha entre estas dos cámaras y es esto lo que permite la

aparición de la democracia ateniense. La diosa Atenea no gobernaba, se limitaba a proteger, por esto el gobierno de la ciudad finalmente estuvo en manos de los ciudadanos y es eso lo que les permitió ser críticos de la vida social (Jaynes, en Morin, Ídem; 25-6).

Pues bien, los fanatismos religiosos y políticos, los etnocentrismos y nacionalismos pueden acabar en cualquier momento con esta conciencia individual necesaria para la distancia crítica frente a la vida social que debe caracterizar al sujeto ético.

Venezuela está hoy dividida en dos identidades políticas (con aspectos etnocéntricos y nacionalistas, básicamente inventados e impuestos) producto de un discurso y de una práctica que se han deslizado progresivamente de lo solidario a lo rivalitario, o más exactamente, un discurso y una práctica que mantienen un tono solidario con el que se identifica con él y un tono rivalitario con el que mantiene la conciencia individual, intelectual y moral frente al mismo. Así, se han desarrollado progresivamente una política para Nosotros y otra para los Otros, una justicia, una educación, una política cultural y mediática, etc., y esto dentro del mismo país, entre sectores que no tienen significativas diferencias étnicas, religiosas, económicas, de ninguna especie, excepto las que la rivalidad política inventa. Estos sectores (los que estuvieron en el poder desde la caída del dictador Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1959, hasta el ascenso del otro sector, en las elecciones de diciembre de 1998, la elección de su líder en una primera oportunidad y las, al parecer, indefinidas próximas reelecciones), comparten además unas élites políticas que en sus funciones gubernamentales se han caracterizado por la misma ineficacia, la misma corrupción, el mismo derroche de los dineros de la nación, el mismo depositar en el enemigo externo y en el enemigo interno la causa de los males de la nación. Si sospechamos que buena parte de las barbaridades que cada uno de estos sectores (oficialismo y oposición) dicen del otro, son ciertas, lamentablemente no estaremos lejos de la verdad.

La conciencia ética es pues una conquista histórica que no puede darse en ningún momento como definitivamente adquirida, se puede perder. Y mientras se tiene conoce concurrencias y antagonismos producto de las diversidades y autonomías individuales, tanto entre los grupos como en el mismo individuo, entre el imperativo de amor al prójimo y el del cumplimiento de la Ley y el deber, entre la ética del grupo y la ética universalista. El sujeto ético debe ser capaz de superar la ética comunitaria, aún respetándola, sólo esto le permite superar los fanatismos, los etnocentrismos, que dadas ciertas circunstancias,



llegan a reprimir el universalismo, a justificar la eliminación y el desconocimiento del Otro, aunque esa Otredad halla sido inventada.

La modernidad ética implicó la laicización de la ética, la superación de los fundamentos religiosos de los imperativos, sustituidos por otros puramente éticos, es decir basados en la dignidad de todo ser humano, sea cual sea su identidad o sus identidades. Estos imperativos deben imponerse en la guerra como en la paz, pero esta ética universalizada que desbordaría las éticas sociocéntricas, comunitarias, y cuyos valores debían globalizarse parece ser todavía minoritaria. Hemos visto como los organismos internacionales, y la firma de los tratados internacionales por los gobiernos nacionales, no sirven de mucho en los conflictos nacionales o internacionales, cuando en las partes en conflicto priva el personalismo, las razones de Estado, el etnocentrismo, los odios religiosos o políticos y observamos de nuevo impotentes el fratricidio, la injusticia, la humillación; participamos de nuevo impotentes, como víctimas o como victimarios, en el fratricidio, la injusticia, la humillación.

Vemos como la política, la economía, la ciencia, la técnica, el arte, ahora autónomos, pueden funcionar desligados totalmente de la ética común, y su racionalidad instrumental puede estar al servicio de los intereses y fines más inmorales. Las especializaciones y los tabiques burocráticos separan a los individuos en ámbitos profesionales aislados, diluyendo la solidaridad y la responsabilidad, justificando con el “estoy cumpliendo órdenes” o con el simple “me da la gana” cualquier barbaridad. Así, la conciencia moral universal fracasa ante la realidad parcelada de los Estados, los fanatismos políticos y religiosos, los etnocentrismos, el gremialismo, la burocracia, el capitalismo, el socialismo, el personalismo, ante cualquier diferencia real o inventada.

La ética se autonomiza, o más bien se queda sola ante la autonomización de los diversos ámbitos de la actividad humana, y además se tribaliza y se privatiza, se reconocen, adquieren derecho e incluso se hace propaganda de comportamientos grupales e individuales que hasta hace poco eran considerados desviantes. “Lo anómico puede devenir canónico” dijo en alguna oportunidad Maffesoli.

Los derechos de los sectores en litigio tratan de imponerse, apropiándose de la solidaridad y de las buenas intenciones, olvidándose de los deberes y de los derechos humanos, obviando la reciprocidad de la norma y de la Ley.

Entramos así, a nuestro modo de ver, en un falso dilema: opresión comunitaria o universalismo homogeneizante. El individualismo sería fuente de egocentrismo, inhibición de la solidaridad y el altruismo, favorecería la primacía del placer sobre el deber y abriría la búsqueda de la felicidad personal a cualquier precio, acabaría incluso con los valores de la palabra dada y de la hospitalidad.

Pero la opresión comunitaria no garantiza, podemos buscar ejemplos en el pasado y en el presente, la desaparición del egoísmo, es más estimula el personalismo, el egoísmo del jefe máximo y el nepotismo de las familias alrededor del poder. Por otro lado, el universalismo ético, la necesidad de una ética común, no aplasta al individuo lo supone, lo necesita.

El valor del amor propio, de la autonomía ética del individuo, la cultura y el concepto del cuidado de sí -como nos muestra Foucault (2002)-, nace en la Atenas del siglo V antes de nuestra era y tiene su edad de oro en la Roma de los siglos I y II de nuestra era, es decir en las sociedades donde nace también el universalismo ético. Universalismo y autonomía ética individual nacen simultáneamente, no son valores que se oponen, al contrario se necesitan. Una ética universal, global, para que llegue a ser tal debe suponer las diferencias individuales y comunitarias, aunque estas diferencias no pueden obviar los imperativos compartidos. La autonomía ética del individuo debe situarse tanto frente a la opresión comunitaria como frente a los excesos del universalismo. La autonomía ética del individuo es lo que puede llevarnos a compartir una ética común, aunque sea mínima, eso si recíproca, de la que nadie se puede salvar, cuya falta implique inexorablemente una pena. La autonomía ética del individuo, practicada por las élites de la Grecia y de la Roma Antiguas, desacreditada por la tradición cristiana y marxista en nombre de una caridad envilecedora, debe ser reivindicada. Es lo único que puede salvar al individuo ante las tensiones opuestas de la opresión comunitaria y de la globalización homogeneizante.

Si los fundamentos de la ética están en crisis en el mundo occidental, "Dios ha muerto", la Ley se ha desacralizado, no hay un Super-Yo social que se imponga, la responsabilidad y la solidaridad se han debilitado (Morin, Ídem;29), no podemos ser tontos y ver sus causas

sólo en el individualismo, en el egocentrismo que caracterizaría al espíritu del capitalismo, sus causas también están en la opresión comunitaria, en la solidaridad impuesta de los proyectos comunitarios, en el altruismo que caracterizaría el espíritu del socialismo (austeridad para los Otros, exceso para Nosotros, y, dentro del Nosotros, austeridad para el Otro o los Otros, exceso para Mi).

Si la razón no puede ya ser considerada como el fundamento del imperativo categórico, si tampoco la naturaleza, Dios, la Historia, pueden serlo, si ante la ausencia de fundamentos podemos, y debemos, elegir e inventar ahora nuestros valores, el último fundamento, el último valor, ya no trascendente sino inmanente, es el individuo, la persona humana, el sujeto ético. No es que la ética ahora no tiene fundamentos es que su fundamento puede ser sólo el sujeto, un sujeto que ha introyectado los valores que le ha dado su comunidad pero los ha contrastado con los valores de los Otros, un sujeto que es una máquina compleja, quizá la máquina más compleja, que se reprograma constantemente, que no acepta ser reseteado ni por la opresión comunitaria ni por el universalismo homogeneizante, que se configura simultáneamente con la comunidad y con la humanidad, que ha sido testigo de sus errores, de los errores de su comunidad y de los errores de la humanidad y puede estar agradecido de ello. Ese es el sujeto con autonomía ética, sujeto por todas las determinaciones naturales y sociales, que funda su libertad en esas determinaciones.

Es posible que el desarrollo del individualismo conduzca al nihilismo (Morin, Ídem;31) pero no el desarrollo del individuo. El nihilismo anunciado por Nietzsche y en cuyo cumplimiento estamos: muerte de Dios, de los fundamentos, de la comunidad, del sentido de la vida, hasta del sujeto, como se anunció no hace mucho, está necesariamente en la biografía y en la historia del sujeto con autonomía ética; es ese descubrimiento, esa “revelación” de la falta de fundamentos trascendentales de su existencia lo que puede “salvarlo” de la recaída en “los antiguos fundamentos comunitarios nacionales, étnicos y/o religiosos” y de su supuesta seguridad psíquica y ética. Hoy no podemos decir que “el comunismo fue una salvación para los intelectuales que zozobraban en la angustia nihilista”, al contrario, fue la adhesión “de los individuos más críticos, más escépticos para con la antigua fe religiosa, a la fe nacional, a la fe totalitaria” (Íbidem).

Lo mismo se puede decir de otras restauraciones éticas de carácter regresivo que podemos observar en las tribus juveniles contemporáneas, en los retornos a la religión, en los fanatismos ideológicos, gremiales, étnicos, etc., que ante la crisis de los fundamentos éticos, recrean una microcomunidad arcaica. El sujeto ético debe ser capaz de soportar ese vacío que ya no llenan la fe en la salvación ni las promesas de progreso del capitalismo y del socialismo.

En nuestro país específicamente, hemos tenido una sucesión de gobiernos democráticos, desde la última dictadura, que ya tiene cincuenta años, ha sido una experiencia donde, sin embargo, los partidos en el poder, en particular el actual, se han caracterizado por la práctica del populismo, del clientelismo, el nepotismo, la corrupción, la ineficacia, el personalismo, el militarismo, la construcción de un enemigo para sus militantes más que la construcción de una nación. Esa práctica política ha generado una cultura donde priva la viveza criolla, la picardía, la ganancia fácil, el desconocimiento del adversario, la desfachatez, el sentirse con derechos pero no con deberes, la tendencia a crear una ley y una ética para Nosotros y otra para los Otros. Por esto los líderes en los cuales cristalizan estas características son aquellos con los cuales la gente se proyecta-identifica más. Para salir de esta crisis, los venezolanos estamos en la necesidad -nada más y nada menos- de redefinir nuestra identidad cultural, superar esa "sujeción identitaria" que no nos permite salir del envilecimiento, rescatar críticamente lo bueno del pasado agregando los valores de la democracia moderna que no hemos introyectado: el anonimato de la burocracia, la asignación de cargos y ascensos por méritos profesionales, el trabajo, la reciprocidad y el cumplimiento de la Ley, el civismo, la educación, el reconocimiento de las diferencias, la construcción de la autonomía ética de cada uno de los ciudadanos. De lo contrario seguiremos "escupiendo para el cielo" como decía mi abuelo.

Una ética laica debe tener su fundamento en ella misma, es decir en los sujetos que la crean y que son creados por ella, la ética emerge de las condiciones sociales e históricas pero es el sujeto ético el que debe elegir, y hasta fundar sus valores y finalidades. Este es el sujeto ético, el que habiendo pasado por el nihilismo reactivo, despechado, llega al nihilismo activo, es decir, llega a ser artista, se crea a sí mismo, hace una escultura de sí, evitando toda reterritorialización ideológica, religiosa, étnica, comunitaria.

La conciencia moral, la autonomía ética, tildada de hereje por la Iglesia y de pequeño-burguesa por el marxismo-leninismo, es lo único que nos permite salir de las vilezas y las mentiras, de la abyección, es lo único que nos puede permitir construir y reconstruir una racionalidad crítica, salvarnos para este mundo, el único mundo.

#### Bibliografía

- Edgar Morin, *El método 6, Ética*, Cátedra, Madrid, 2006 (Paris, 2004), 236 p.  
Michel Foucault, *La hermenéutica del sujeto*, FCE, México, 2002 (Paris, 2001), 539 p.  
Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus, Siglo XXI*, México, 2004 (Paris, 1988), 288 p.